

FIGURA ZOOMORFA

Siglo I a. C.

Castromao, Celanova, Ourense

Esta curiosa figura zoomorfa, única hasta ahora dentro de la plástica castreña, apareció formando parte del pilar de una construcción singular, explorada por Ferro y Lorenzo e inmediata a aquella otra donde se localizó la *tabula* de bronce que recoge el *hospitium* entre los Coelerni y Gneo Aquilo Novaugustano. El arqueólogo Luis Orero, describe su descubrimiento: “En la esquina NE del vestíbulo de la estructura 2, cuando se estaba haciendo la limpieza del lienzo exterior de la pared y se procedía a rebajar la tierra para facilitar el paso entre esa estructura y otra circular separada solamente por 50 cm., se encontró en la hilada más baja de la cimentación, una piedra curva y claramente trabajada”, cuando se efectuaban labores de consolidación en la campaña del año 1993, de la que da cuenta en el artículo *Nuevos hallazgos en Castromao (Celanova. Ourense). Una extraña escultura zoomorfa*, publicado en el Boletín Auriense, volumen XXIV de 1994, ingresando luego en el Museo Provincial de Ourense, donde forma parte del conjunto de esa campaña, registrado en el inventario general de depósitos como DX 63.

Se trata de un bloque granítico en buen estado de conservación excepto por el hecho de faltarle la parte superior, donde iría la representación de la cabeza y tener un pequeño golpe en la parte baja. Sus dimensiones máximas son 43 x 22 x 21 cm. En la zona inferior presenta un apéndice prismático, con ligera tendencia piramidal, de 5,5 x 12 x 6 cm., que hay que interpretar como el elemento de inserción en una base o en otra pieza, acomodada a la forma curvilínea de la parte baja de la figura, marcada suave y ligeramente, para garantizar su estabilidad. Esta característica, y el hecho de encontrarse trabajada con delicadeza en toda su superficie, nos hacen pensar en que originariamente se encontraba exenta, con la posibilidad de ser vista desde cualquier lado.

Representa una figura sentada y encogida sobre sí misma, con las manos y pies bien trabajados y afrontados, sujetando algo entre ellos. La figura tiene rota la parte superior por encima de los hombros, marcándose un fuerte cuello. En su visión frontal muestra un claro eje de simetría bilateral vertical, y define una figura sentada y con las piernas encogidas. De arriba

abajo podemos ver como agarra con dos manos, cada una con cuatro dedos, un objeto indefinido, que semeja cilíndrico, que acerca a su cara (desaparecida), con los brazos pegados al cuerpo y los antebrazos doblados. Se ve un pecho corto y un vientre en el que destaca un volumen triangular resaltado -delimitado por una parte rehundida y, curiosamente, trabajada de otra manera, que llevó a su descubridor a proponer que serviría para incrustar una placa metálica-, que dejan paso a las piernas, flexionadas, para sentarse o asirse sobre algo con los pies, que muestran cuatro anchos dedos. El objeto es semejante a lo que sostiene con las manos. La espalda muestra una línea curva continua desde el cuello y no se aprecia ningún detalle en ella, excepto el hecho del acabado superficial, que es cuidado como en toda la pieza.

La impresión que nos causa es la de estar contemplando un mono, tanto por su posición como por la forma de colocar las manos y los pies. Ahora bien, de no serlo, nos encontraríamos ante un ejemplo excepcional en la plástica del NO. peninsular, con los problemas de interpretación y representación que esto supone, tanto por la figura en sí misma -de identificarla con un mono debemos reconocer que hasta el presente no conocemos nada parecido en los ámbitos culturales próximos que se le parezca-, como por la técnica y el tratamiento de las superficies y también por lo que de sugerente tiene su forma de colocación y visualización, deducible de sus propias formas, que nos hace pensar en la existencia de otra pieza con la que se imbrica, de naturaleza y características desconocidas y su posición exenta. La figura se compara a la serie de animales representados en la plástica castreña o galaicorromana, de la que F. Calo ha hecho un inventario detallado, pero que no ofrece ningún paralelo formal, aunque la forma de trabajar la piedra, muy cuidada, la hace semejante a otras muestras y representaciones de la escultura exenta de su época. Tampoco hemos localizado paralelos en los repertorios de plástica romana consultados.

El lugar donde se localizó ofrece también su interés, pues, como hemos mencionado, su aparición tuvo lugar en el inicio de la casa de la que X. Lorenzo estudió la transformación y que, por otros hallazgos, configura una zona de particular importancia dentro del poblado. Efectivamente, en este sector de la vertiente norte de la plataforma baja del castro, coinciden un grupo de estructuras constructivas, asociadas con un pavimento exterior empedrado que las pone en relación, y donde aparecieron piezas decoradas, algunos vanos en las paredes, restos de ventanas caladas, la *tabula hospitalis*, un cobijo monetario, etc., que nos hacen sospechar que

debieron tener un cierto carácter público, como ha señalado recientemente Breogán Muñiz al estudiar la *tabula hospitalis*.

Cierto es que esa situación se produce dentro de un momento cronológico posterior, pues cuando quedó como parte del muro, usada como simple elemento de construcción la figura que es nuestra pieza del mes ya había perdido su funcionalidad, pero es curioso que las piezas más importantes del castro se concentren en el mismo barrio, quizás ya de cierta importancia desde mucho antes de la construcción de los muros que hoy podemos ver, que corresponden al punto final de la vida de Coelibriga, pero que se irguieron sobre otras anteriores, en este punto del yacimiento, donde la plataforma más baja sufre un estrechamiento considerable, sirviéndole la muralla de inmejorable parapeto contra las inclemencias del tiempo, al estar más protegida de los vientos fríos y de la lluvia, que vienen del sur o del sudoeste.

Otro aspecto importante es el de su datación. Su descubrimiento, formando parte del arranque de una construcción que parece tener su origen en el siglo I a. C., obliga a plantear una fecha inmediata algo anterior, ya que su amortización como material de construcción sólo resulta explicable cuando perdió su función y significado o como consecuencia de un destrozo significativo del poblado, situación que en este punto no se acredita, abriendo con su descubrimiento noticias interrogantes sobre la plástica castreña, en la que a día de hoy se ofrece como un *unicum*, y también sobre la importancia e interés del núcleo de Coelibriga y sus relaciones.